

## Los hijos son míos, el dinero es tuyo

Patricia Morales

“Las cosas no son sino vehículo de las relaciones entre personas.”

Marx

**E**n nuestra cultura el dinero aparece claramente sexuado. Omnipresente y sin embargo omitido en las reflexiones, el del dinero es un tema tabú.

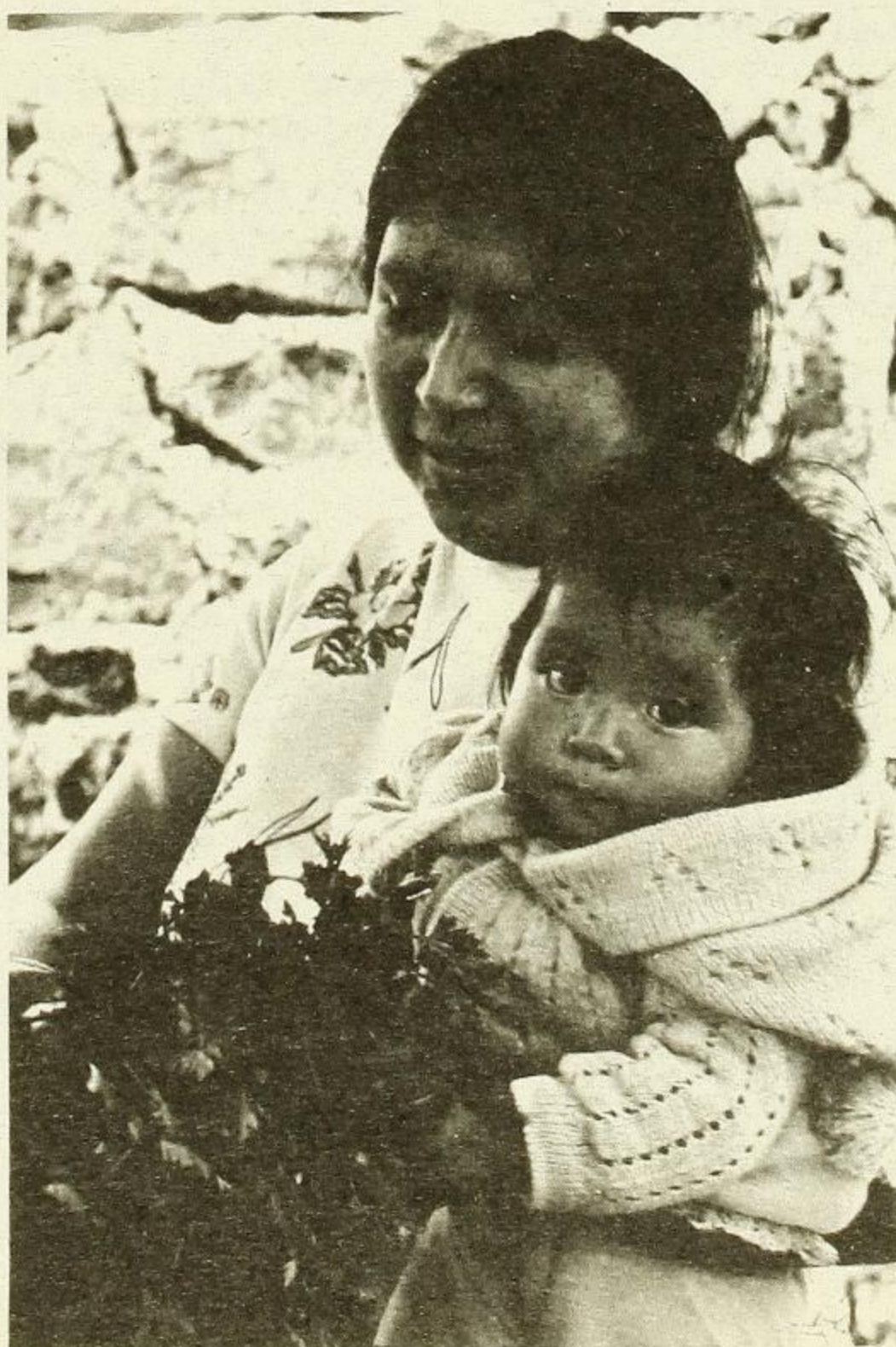
Hace seis años Clara Coria inició un grupo de reflexión\* sobre “Las mujeres y el dinero”, dentro de las actividades del Centro de Estudios de la Mujer en Buenos Aires, Argentina. Y es que advirtió, en ella misma y en sus compañeras, las muchas dificultades que enfrentan las mujeres cuando de manejar dinero se trata. Dificultades como no poder exigir un salario justo por su trabajo; problemas en relación a cobrar deudas; malestar si es que ganan más que sus compañero; culpa por gastar en ellas mismas, en su disfrute, el dinero que ganan; no sentir como propio el capital que su marido hace con su ayuda; el no entender, aun siendo inteligentes, el asunto de la economía nacional o el de las inversiones, entre muchos otros.

Después de profundizar en el tema, y de trabajar con las mujeres de su grupo en el CEM, Clara publicó un libro: *El sexo oculto del dinero* (Ed. Grupo Editor Latinoamericano; Colección Controversia; Argentina, 1986). En él vierte sus conclusiones y nos explica qué se juega, para hombres y mujeres, detrás de algo tan cotidiano y aparentemente inofensivo como es el dinero.

El ámbito de la mujer ha sido tradicionalmente el doméstico, y el dinero no pertenece a él. Circula en el mundo de afuera y casi exclusivamente en manos de los hombres; son ellos los que acceden a cosas y personas en la medida en que lo poseen. Por otro lado, la prostitución se asocia a la mujer (que vende su sexualidad), pero se excluye de ella al hombre (que la compra); no hay una palabra que lo designe a él. Y esto no es gratuito; el lenguaje es uno de los dispositivos del po-

der, ya que nombrar es dar existencia. Frente a la ausencia de una palabra para el hombre que compra la sexualidad femenina, se hace caer todo el peso de la prostitución —una actividad denigrada— en la mujer. Esta es pues una actividad pública que las mujeres ejercen por dinero. Así que cuando se unen los términos mujer, sexualidad, ámbito público y dinero, inconscientemente se hace presente el “fantasma de la prostitución”, bien encubierto en la culpa, la vergüenza o la incomodidad que muchas mujeres sienten si se enfrentan con el dinero.

Toda persona dependiente —incluyendo a los enfermos física o mentalmente— ve limitada su capacidad de acción. Lo cual genera frustración. Aun así muchas mujeres, profesionistas e inteligentes que ganan su propio dinero, no conquistan la verdadera autonomía; se sienten mal y casi se las arreglan para no disponer ni disfrutar de sus ingresos. Es más, procuran la dependencia económica. Clara se preguntó el por qué.



Según Freud, hay un beneficio primario y otro secundario en la neurosis (y el síntoma —que expresa y reprime a un tiempo— nos remite a ella). El beneficio primario es intrínseco a la enfermedad y se halla en el seno mismo del síntoma. A través de la “fuga de la enfermedad” se disminuye la tensión que genera un conflicto. En nuestro caso particular, las mujeres dependientes logran un profundo alivio. El de no tener que enfrentar las responsabilidades de la vida adulta y los compromisos del crecimiento. Además, reducen la angustia que les produce el actuar en el ámbito público que les es ajeno. Y es que el acceso al dinero pone a la mujer en condiciones de salir al mundo, de escapar del ámbito doméstico y así poder transgredir prohibiciones legendarias ligadas al ejercicio de la libertad. Libertad social que nos evoca a la sexual: al “fantasma de la prostitución”. Y eso es fuente de malestar.

Está también el beneficio secundario. Se trata de la utilización que un individuo hace de su enfermedad para obtener satisfacciones, vinculadas a la autoconservación y que son fundamentalmente narcisistas. Mediante la enfermedad se modifican las relaciones interpersonales y se ganan ciertas “ventajas” que aparecen desvinculadas de la situación que les dio origen. La mujer no ve la conexión que existe entre la dependencia económica que experimenta y la subordinación que necesariamente implica. Y el beneficio secundario más sobresaliente en las situaciones de dependencia, incluyendo a la económica, es la protección. Quien es dependiente se siente seguro, dispone del tiempo que no tiene quien trabaja, no asume la responsabilidad de actuar en el ámbito público y, por lo tanto, no se pone a prueba ni enfrenta el juicio de la realidad. Los errores serán siempre de aquél que toma las decisiones.

Se dirá que las mujeres sí administran dinero, y cada vez más. Sin embargo, Clara establece aquí una interesante diferencia. Señala que aun en el caso de las